

¡Que no soy Anne!

La señora Schulze vivía en el primer piso, y yo vivía en el último piso, bajo el tejado. Yo era estudiante, qué oficio tendría la señora Schulze es algo que todavía hoy desconozco. Cuando pasaba por delante de su puerta, oía a menudo unos ruidos extraños detrás de la misma, y a veces una tranquilidad extraña, y ambas cosas me inquietaban, y a veces incluso tenía la sensación de que me estaba observando por detrás de la puerta. Al anochecer y hasta ya entrada la noche se la oía gritar por toda la casa y repetir no sé qué palabras ininteligibles con su vozarrón. Pronto comprendí que bebía.

Por eso me deslizaba con tanto sigilo, varias veces al día, por delante de su puerta, procurando no hacer el más mínimo ruido.

Pero una tarde, tal como me temía ya desde hacía tiempo, abrió violentamente la puerta cuando yo intentaba pasar de largo silenciosamente, me hizo entrar en su casa tirando de mí con violencia y empezó a darme empujones, de manera que yo no podía defenderme, y me chilló, ven, Anne, entra, ahora sí que entrarás, Anne, y luego, con otro empujón, me obligó a sentarme en una silla de su cocina y allí vi y oí el alcohol, y la señora Schulze no estaba dispuesta a dejarme ir por nada del mundo y gritó y vociferó hasta que por fin le dije: “¿Pero qué tiene, por Dios, qué le pasa?”

Cada vez gritaba más, que por qué no había ido hasta entonces, antes, que cómo había podido hacerle una cosa así. “¿Por qué no viniste nunca más a visitarme, Anne?”

Le dije que yo no me llamaba Anne y que no era Anne y que probablemente me estaba confundiendo con otra persona.

“¡Pero tú eres judía, te he reconocido enseguida!”

Le dije que sí, que era judía, ¿o acaso iba a decirle que no? ¡Pero no por eso era yo Anne, ni mucho menos! Pero ahora yo ya intuía por qué me estaba gritando de ese modo y por qué continuaba agarrándome sin dejarme marchar. “¡Cállate, Anne! ¡Te vas a callar de una vez, no te atrevas a contradecirme, eres la criatura más desagradecida de esta Tierra y siempre lo supe.” Ahora empecé yo también a gritarle, diciéndole que estaba loca y bebida, que yo no era Anne y que se lo metiera por fin en el coco, “que no lo soy, caramba, que no y mil veces no”, y le dije también que quería marcharme de allí y subir a mi piso, y que si no me dejaba en paz, la próxima vez llamaría a la policía. Me soltó, siguió llorando y gritando, tiró las cosas de encima de la mesa de modo que yo tuve que agacharme a un lado para protegerme, y luego corrí hacia la puerta, pero ella me alcanzó y me dijo lloriqueando: “¿Por qué no me dijiste nunca más nada?, Anne, ¿por qué?” Yo repetí: “Por favor, señora Schulze, sea razonable, le digo que no soy Anne, y tampoco tengo la más remota idea de quién es esa Anne.” Entonces me empujó de nuevo hacia la habitación, abrió con arrebato unos álbumes de fotos que ya tenía allí a punto y yo tuve que contemplar no sé cuántas fotos de la señora Schulze con una niña que verdaderamente se parecía a mí cuando yo era pequeña, cabellos negros,

ojos oscuros, cejas gruesas, y la señora Schulze dijo que Anne había vivido en su casa y que ella se había ocupado de la niña en las peores épocas. Pero que luego regresó su madre, y Anne se marchó con ella, su madre la vino a buscar, dijo vámonos de aquí, ni una palabra más, y nunca más oyó nada de ellas. Se esfumaron. Así, sin más. ¡Desagradecidas! ¡Sinvergüenzas! Yo ya empezaba a intuir de qué historia se trataba e intenté hacer comprender a la señora Schulze que Anne tenía que ser bastante mayor que yo, que yo no había nacido hasta después de esa “época terrible” y que ella ya había visto a mi madre allí en la casa varias veces. Pero ahora que yo había terminado aceptando el tema “Anne”, ahora sí que ya no paraba, en realidad, más bien empezó, y me dijo que al menos yo tendría que saber dónde se encontraba Anne ahora, que tenía que buscarla y encontrarla, eso sí que tengo que hacerlo, continuaba diciendo, y devolvérsela a ella, puesto que yo también era judía, si lo había notado enseguida, ¿o acaso no era así? Y de nuevo le dije: “Sí, claro, señora Schulze, pero compréndame, por favor.”

Durante varios años se repitió esta escena muchas veces, aunque yo intentaba cada día pasar por delante de su puerta sin hacer ruido, o al contrario, intentaba pasar haciendo notar ruidosamente que iba acompañada. Pero siempre de nuevo lograba pillarme y me empujaba violentamente hacia dentro de su casa para representar y relloriquear de nuevo el drama de Anne. Entre tanto yo conocía ya los puntos culminantes y los giros críticos de la representación, y también el momento en que sus sentimientos se iban a agotar y yo podría escaparme. Pronto empezamos a representar nuestros papeles como si fuéramos viejos comediantes, con rutina, sin invertir en ello demasiada energía, y, ya en la puerta, antes de irme y de cerrarla de golpe, mi réplica final siempre era la misma: “Usted lo que está es loca y bebida, y yo no tengo nada que ver con esa historia, y tampoco puedo ayudarla, ¡que no, caramba, señora Schulze, le repito que no soy Anne!”

Con las otras personas de la casa no mantenía yo justamente una relación muy amistosa. Como tenía un horario muy distinto al de los demás y siempre recibía muchas visitas, empezaron a llamarme perdida y puta y golpeaban las paredes, y a veces también iban a buscar a la policía, a quien nosotros dejábamos entrar invitándoles a sentarse un rato con nosotros, cosa que no hacían, por supuesto, pero tampoco pudieron encontrar nunca nada abominable o criminal en mi casa.

Los demás inquilinos también estaban constantemente reñidos con la señora Schulze, porque gritaba y vociferaba furiosa y porque estaba clarísimamente loca y ofendía a todos. Por eso, un día fue citada ante un tribunal de arbitraje, por haber injuriado a alguien. Y como querían quitársela de encima de una vez por todas, declararon como acusación principal que la señora Schulze siempre se refería a mí como “esa judía asquerosa”, y eso está prohibido hoy en día. Los de la parte acusadora habían venido antes a hablar conmigo y me habían preguntado si eso era cierto, y yo les dije que ella nunca lo había dicho en mi presencia, y que yo no sabía qué cosas decía a mis espaldas. No. Y que si era verdad eso de que yo era judía, y de nuevo les dije que claro que era cierto. Al fin y al cabo quería mostrarme orgullosa de ser judía.

A partir de ese día nadie en la casa volvió a llamarme perdida o puta, simplemente dejaron de hablar conmigo, o en todo caso decían un “buenos días” relativamente amable. La señora Schulze fue condenada a cualquier cosa y las dos nos convertimos casi en cómplices. En cualquier caso, no pude deshacerme nunca más del papel que me había asignado en su drama, hasta el día en que me fui de aquella casa y le aseguré por última vez: “Que no, señora Schulze, que no lo soy, ¡que no soy Anne!”

Barbara Honigmann: “Ich bin nicht Anne!”

En: *Damals, dann, danach*

© Copyright 1999 Carl Hanser Verlag München Wien

Derechos de traducción amablemente cedidos por la editorial Carl Hanser Verlag.